

LAS RETRASADAS

Jeanne Benameur

Traducción
Pilar Vázquez



Colección 150 gramos
Árdora Ediciones

Las Retrasadas

Título original: Les demeurées
(Éditions Denoël, 2000)

Traducción: Pilar Vázquez

© De esta edición: Árdora Ediciones

© De la traducción: Pilar Vázquez

© Bordado página 77: Carmen Gutiérrez

ÁRDORA EDICIONES S.L.
Plaza Tirso de Molina 7, 3ªA
28012 Madrid
CIF/NIF B80027790
www.ardora.com

Diseño de colección, cubierta e interiores: Entreascuas S.L.

Impresión y encuadernación: Pulmen S.L.L.

D.L.: M-3748-2017

ISBN: 978-84-88020-55-0

Madrid, 2017

Papel interior: Coral book Ivory 1.2.

Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados
Certificados y Certificaciones del producto:



LAS
RETRASADAS

Palabras que las venas arrastran. Los sonidos trepan, tropiezan y caen detrás de los labios.

Tonta.

Las aguas negras salpican al vaciar el cubo.

Escasa la conciencia.

La mano se seca en el delantal de tela burda.

Tonta.

Las palabras no tienen razón de ser. Son.

Cae la noche. Cierra las contraventanas. Tira hacia sí de la madera carcomida, de los herrajes sin pintar, sujetos todavía dios sabe cómo a aquello que resiste al viento, a las tormentas, a los brazos cansados que tiran. En la luz vacilante, su corazón.

Cada día, un salto ínfimo. Cada día, y nada.

Ha perdido.

Se vuelve hacia la oscuridad.

Avanza; una mirada que tropieza con el mundo. Envarada, como con apresto, sus manos hacen gestos de vieja.

Sin arrugas, la boca sin luz amaga la sonrisa que termina en la carne misma de la mejilla; por dentro, los pequeños pliegues lisos, apretados bajo los caninos, hasta la sangre.

Por la noche no hay nada dentro de esta boca. Sólo cosas sin nombre que intentan, apocadas, avanzar penosamente para acabar en un soplo. Nada más que el silencio que la aprieta y la llena, y la sangre y la carne. La mirada fija, perdida.

Tonta.

Fuera, la pequeña no deja de oír la voz de quienes así llaman a su madre; cosas rotas. Malas lenguas que resbalan, caen y ruedan a sus pies.

¿Tonta ella también?

Encabritada frente a cualquier amenaza de intervención del conocimiento. La cabeza caída a un lado y otro, inmensamente hueca, golpeándose contra la noche, la cabeza vencida por una desgracia informe, la pequeña se esquilma el cerebro para rascarle una ínfima partícula de oro. Una caverna detrás de la claridad de su mirada.

Alza los ojos igual que un perro sin olfato intentando seguir un rastro. Algo se desvanece. Faltaron las luces.

Una vez más, madre e hija han perdido las últimas luces.

Una vez más, la pequeña se siente de más en el polvo, delante de la puerta.

El suelo es lo más bajo a lo que se puede caer.

Se saca del bolsillo su gran tesoro, un diente pequeñito, muy blanco y liso. Lo palpa. ¿Jugar con él? ¿Lanzarlo al aire y recogerlo? Se limita a cerrar la mano y apretar, apretar hasta que le duele. Ha aplastado algo con el pie,

un insecto o una piedra desprovista de la dureza de las piedras. Lo que fuera se ha pulverizado bajo la suela de su zapato, sin rechinar siquiera.

La pequeña se aferra al lugar exacto de la palabra lanzada al aire hace un momento.

De la tonta, tiene la frente estrecha y el ángulo del codo con el hombro demasiado abierto, un espacio que no se llena entre la mano y las cosas.

Algo le falta a la tonta, que no sabe atar cabos.

Nada tiene la fuerza suficiente para que el movimiento vaya hasta el objeto, el pensamiento hasta la imagen. Y el tiempo no cambiará nada. La madre y la hija, una dentro, la otra fuera, están descolgadas del mundo.

Tontas. Viven con un peso opaco en el cráneo, una flor endurecida, transformada en botón protuberante. Nunca se despliega una imagen. La mujer que planta pesadamente los pies en las baldosas de la cocina no se representa nada. El mundo es opaco, sólo conocido en el vapor de la cocina, en la mano que agarra el cazo o levanta la olla llena de agua hirviendo. Las paredes contienen rastros romos de las verduras que hierven. En su olor repetido, reluciente, está el invierno. Cada cosa tiene su sitio, el mundo está menos lejano. La mirada llega hasta el asa, el mango, la tela del trapo. Los gestos son casi hábiles. Y, sin embargo, el agua se sale de la olla, del cubo, vuelve a salpicar la baldosa gris, vuelve a derramarse.

El tiempo se escapa. Basta con volver la espalda. El grifo se burla, automáticamente. El líquido corre.

La mujer se ha olvidado, entretenida en cualquier otro movimiento. Nada la une a lo que la ocupaba por completo un minuto antes. La mirada de los ojos pálidos está clavada en lo que tiene delante, pegado al pesado cuerpo. Su mente se adhiere a todo lo que queda bajo su mirada. Ningún espacio ha conseguido separar, ni siquiera ínfimamente, la mente del ojo. No se le ha hecho un sitio. La inteligencia ha renunciado.

La inteligencia precisa de un espacio para posarse. Hacen falta unas manos, aire para la tiza y la tinta. Nada de esto tiene la tonta.

Entre la mirada y la mente de la pequeña, se ha desplegado un ala de mariposa, una no más.

Corre a cerrar el grifo. La madre se ha vuelto. En su rostro liso, de anchos pómulos, una sonrisa, tal vez, detrás de la masa cerrada de la carne. Un temblor bajo la piel, una primavera en la tierra helada: la pequeña ha entrado en la casa.

Una casuca.

Duermen en la misma cama ancha. Unos tablones de madera y un colchón de crin. Y además un pequeño ramillete seco atado con una cinta deslucida y colgado de un clavo boca abajo.

La pequeña levanta la mano en la oscuridad. Duerme del lado de la pared. La madre viene más tarde.

Solo cuando la madre se queda dormida la pequeña levanta la mano derecha y palpa los tallos, la cinta, las flores, que se deshacen con sólo rozarlas. Convertidos en polvo, ahogados entre el índice y el pulgar, los pétalos no dicen ni mu. La pequeña escucha y se desliza en la noche, en los dedos todavía el polvo del susurro reseco.

Hace frío por la mañana. La madre se levanta cuando su cuerpo la calentaría. El ruido de la orina que cae salpicando en el cubo se filtra poco a poco en el duermevela de la pequeña. Se tapa con la manta por encima de la oreja y se desliza en la huella tibia del cuerpo que, ahora, se sacude, aseándose.

La toalla de algodón empapada de agua fría recorre el rostro, se aprieta largo rato contra los ojos, los lava de unas imágenes que vienen de no se sabe dónde. El día las rechaza. La toalla retorcida, vuelta a empapar, despierta el brazo, los huecos de las axilas. La mirada retoma su acostumbrado reptar.

La mujer se acerca al fogón.

Prepara la cafetera grande.

La llaman La Varienne, ¡a saber por qué!

La pequeña se llama Luce. Un trino matinal que se eleva derecho y se olvida en el cielo. Luce. El nombre le hace sacar un poco el cuello de la blusa oscura, el nombre de su

pequeña, anidado entre la nuca y el pliegue del cuello, en un lugar azaroso. Vaya usted a saber por qué ese nombre, dijeron. Pero ella misma lo había gritado el día en que la pequeña gritó al salir de su vientre, de su sangre.

Luce.

Y por más que rieran habían respetado aquella voz de grave inflexión que sigue zumbando en los oídos bastante después de que ella se haya callado, una voz que se rumia. Luce es un nombre, un nombre de verdad. La pequeña está ahí.

Todos los días la madre se pasa la toalla de agua fría por el cuello, detrás de la cabeza, bajo los espesos cabellos recogidos.

Todos los días la madre lava el lugar del nombre de la pequeña. Es su amor.

No la mira cuando está dormida. No sabe observar. Ya no va a la iglesia. Sus ojos no soportan las espaldas, las rodillas, las nuca de quienes se arrodillan y se levantan delante de ella. No basta con que los párpados le oculten la vista, la acunen en las tinieblas suavemente alentadas con la luz de los cirios. Se apretaba con la punta del dedo índice en el globo redondeado del ojo cerrado, y la pupila seguía cumpliendo su función, aún ahí, detrás de la fina membrana de carne descendida. Salía titubeante.

A la pequeña la huele.

Con el atizador en la mano, firme, remueve las brasas de la cocina. Las paredes retoman color, salen del gris y comienzan a irradiar el rojo que no tardará en reflejarse en sus mejillas. Vuelve a colocar uno a uno los anillos de hierro, y cierra el fogón.

El chirrido del hierro, seguido del tintineo familiar, lleva el sueño de la pequeña próximo al despertar. Todavía flota, pero el ruido la llama, tira de ella. Luce se acurruca un poquito más, se frota los pies antes de deslizarlos fuera de la manta. Ve a su madre de espaldas.

Por qué tonta.

La Varienne viste a la pequeña, la lava, sin que nada, ni en sus gestos ni en su rostro, indique que ya no está tratando con objetos.

Luce no le quita ojo. Durante todo el tiempo que tarda en vestirla. Ancla la mirada en el azul demasiado pálido, haciendo acopio de toda su fuerza, intenta alzar aquel párpado, que le brille la pupila. Que la mire.

Nada, ni un destello, en los ojos de La Varienne.

El fogón ruge, el fuego ha prendido bien.

La pequeña pierde todas las mañanas.

Vuelve la mirada a los árboles del seto, los mira fijamente de uno en uno. Desde el tronco hasta el extremo de las ramas más altas. Su mirada acaricia, la consuela, hasta que deja que su mente agotada se vacíe en la madera llena de incisuras de la mesa de la cocina.